



Seix Barral

Warren Adler

La guerra de los Rose





Seix Barral Biblioteca Formentor

Warren Adler

La guerra de los Rose

Traducción del inglés por
Javier Calvo

Título original: *The War of the Roses*

© Warren Adler, 1981

Publicado de acuerdo con Canongate Books Ltd, 14 High Street, Edinburgh
EH1 1TE

© por la traducción, Javier Calvo Perales, 2025

© Editorial Planeta, S. A., 2025

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: septiembre de 2025

ISBN: 978-84-322-4869-6

Depósito legal: B. 14.105-2025

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirigete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



CAPÍTULO 1

Jonathan Rose estaba en un asiento junto al pasillo, a pocas filas del estrado, con las largas piernas estiradas sobre el desgastado suelo de madera. El salón ni siquiera estaba lleno a medias; apenas había una treintena de personas. Detrás del subastador, desperdigadas como los restos de un bombardeo, se encontraban las posesiones variadas de la familia Barker, cuyos últimos miembros habían vivido el tiempo suficiente como para conferirle cierto valor a su chatarra.

—Es una mecedora Boston auténtica —dijo cansinamente el subastador al tiempo que señalaba una mecedora estilo Windsor bastante maltrecha, y añadió con voz rota y suplicante—: Producida por Hitchcock, Alford y Compañía, uno de los fabricantes de sillas más excelsos. —Echó un vistazo lúgubre a la sala en silencio,

sin esperar ya nada—. Carajo —dijo en tono cortante—. Es una antigüedad genuina.

—Diez pavos —cacareó una voz de mujer. La mujer en cuestión estaba sentada en la primera fila, enfundada en un jersey sucio de lana irlandesa.

—¿Diez pavos? —protestó el subastador—. Miren las barras ahusadas del respaldo, las volutas del arco superior, el asiento moldeado...

—Vale, doce y medio —rezongó la mujer. Había estado comprando casi todos los muebles del catálogo, hasta el punto de que a Jonathan le dio la impresión de que la subasta se estaba celebrando solo para ella.

—Esto es una mierda —masculló una voz. Provenía de una típica cara rubicunda de Nueva Inglaterra que Jonathan tenía al lado—. La lluvia lo ha jodido todo. Esa tía es la dueña de la tienda de antigüedades de Provincetown. Lo va a comprar todo por cuatro chavos y se lo revenderá a los turistas por diez veces más.

Jonathan asintió con la cabeza y chasqueó la lengua para mostrarse de acuerdo, consciente de que la lluvia también era su aliada. Era media mañana y ya se habían marchado la mayoría de los turistas que habían llenado Chatham el jueves y el viernes con la esperanza de disfrutar en la playa el fin de semana del Día de los Caídos. En el Breaking Wave, donde Jonathan trabajaba de camarero durante el verano, a la hora del almuerzo del domingo el salón comedor había parecido en todos

los sentidos el de un hotel en temporada baja, y también sus propinas.

Pero el clima de Cabo Cod era en el mejor de los casos incierto. Jonathan estaba acostumbrado a él. Se había pasado toda su licenciatura en Harvard trabajando los veranos en el Breaking Wave y asistiendo para divertirse a las subastas de antigüedades en los días en que no podía ir a la playa. Le gustaban especialmente las subastas de patrimonios familiares celebradas en antiguos caserones cuyos dueños habían muerto. Casi nunca podía permitirse comprar nada, aunque de vez en cuando se llevaba alguna figura de porcelana Staffordshire por una miseria.

Había crecido bajo la mirada de cuatro figuras femeninas de porcelana Staffordshire Pearlware que representaban a las cuatro estaciones vestidas con túnicas blancas escotadas. Las figuras lo contemplaban desde el aparador de la porcelana de su madre, emblemas del servicio de su padre en Inglaterra durante la guerra. Una vez Jonathan había roto la primavera mientras la sacaba de su sitio movido por una compulsión clandestina prepuberal de tocarle las tetas; la figura se le había escurrido de la mano y había quedado decapitada en el suelo. Pero Jonathan era mañoso y había hecho una reparación tan magnífica con el pegamento que su madre ni siquiera se había enterado.

Con el tiempo, y como si lo moviera la culpa, había adquirido él también una modesta colección

de figuras Staffordshire: algunas de niños dormidos y la más común del marinero con su mujer y su hijo. También había hecho un poco de investigación sobre las porcelanas Staffordshire y, aunque se trataba de unas figuras relativamente baratas, Jonathan sospechaba que con el tiempo aumentarían de valor.

El subastador cogió una que representaba a un boxeador y la sostuvo en alto. Leyó la descripción del folleto:

—Porcelana Staffordshire Pearlware. El pugilista Cribb. Campeón de Inglaterra en 1809...

Jonathan se puso tenso. La figura de Cribb era blanca. También había una figura negra, la del boxeador Molineaux, un exesclavo que había peleado contra Cribb dos veces y había perdido ambos combates. Los dos habían sido inmortalizados en forma de caricaturas, en porcelanas y en figuras como aquellas. Siempre se los representaba juntos, enfrentados, con los puños en alto. «Este idiota está separando a la pareja», pensó horrorizado por la ignorancia del subastador.

—Quince pavos —gritó la mujer de la primera fila.

El subastador miró la figura y se encogió de hombros. Jonathan sabía que no era una obra de arte, solo un simple *souvenir*, y que probablemente se había vendido por muy poco cuando la había hecho algún alfarero anónimo en un taller recóndito. El subastador contempló al público

con desprecio, obviamente deseoso de acabar deprisa.

—He oído quince —graznó—. Quince a la una. ¿Alguien ofrece dieciséis?

Jonathan levantó la mano.

—He oído dieciséis —dijo el hombre, mostrando una pizca de optimismo.

La mujer del jersey de lana sucio se giró en su asiento. Su cara parecía hecha de masa de pan húmeda y le caía agüilla de la nariz de punta roja.

—Diecisiete —cacareó.

—He oído diecisiete —dijo el subastador, que miró una vez más a Jonathan.

Jonathan levantó ocho dedos y carraspeó. La mujer gordezuela resopló y se giró en su asiento. Él se metió la mano en el bolsillo y sacó nerviosamente su dinero. Tenía treinta y siete dólares, que era todo lo que había ganado en propinas durante el fin de semana. Si conseguía a Cribb, quería que le quedara algo para Molineaux.

—Diecinueve —bramó la mujer.

Una ráfaga de lluvia golpeó las ventanas. El subastador no hizo caso del ruido; parecía estar cogiéndole el gusto a su tarea. A Jonathan le latió con fuerza el corazón.

—Zorra —murmuró antes de exclamar—: Veinte.

—Idiota —replicó la mujer, girándose para clavarle una mirada de desprecio absoluto.

—He oído veinte. Veinte a la una... —Al subas-

tador le asomó una tenue sonrisa de satisfacción en los labios mientras miraba a la mujer. Levantó el mazo—. Veinte a las dos. —Jonathan contuvo la respiración. El mazo descendió—. Vendido.

—Joder —masculló Jonathan, vigorizado por la experiencia y saboreando el calor de la victoria.

—Bueno, mira, se la has ganado a la bruja esa —le dijo con acento gangoso su vecino rubicundo de asiento.

Al cabo de unos momentos apareció Molineaux. Jonathan sintió un nudo en el estómago. «Es una pareja», se dijo, reforzando su determinación. Separó lo que había gastado por Cribb y se lo guardó a buen recaudo en el bolsillo, agarrando los billetes restantes con la mano sudorosa. Solo le quedaban diecisiete dólares.

—Aquí tenemos a otro pugilista de porcelana Staffordshire, el boxeador Molineaux, exesclavo, que boxeoó en Inglaterra a principios del siglo XIX.

—Diez pavos —gritó la mujer del jersey de lana sucio. Esta vez no se giró para mirar hacia atrás.

—Once —gritó Jonathan. «Por favor», suplicó mentalmente, sintiendo que le flaqueaba la determinación. Era absurdo dilapidar de aquella forma su dinero.

—Doce —dijo una voz melodiosa detrás de él. Dos filas más allá, una chica con gorra de marinero bajo la que asomaba una melena de color castaño sonrió con expresión remilgada y un rubor en las mejillas redondas como manzanas.

—Mierda —murmuró Jonathan mientras el subastador respondía.

—He oído doce.

—Doce y medio —dijo la chica sin dudarlo.

«¿Es que no saben que es una pareja?», susurró Jonathan para sus adentros, como si las pujas de la chica fueran un acto de venganza. Levantó la mano cerrada con la que sostenía los billetes sudorosos.

—He oído trece —anunció el subastador, mirando directamente a la chica.

«Está dudando», pensó Jonathan.

—¿Alguien ofrece trece y medio? He oído trece... trece y medio —declaró el subastador. Jonathan vio claro que el tipo estaba mareando la perdiz. Se lo quedó mirando con expresión huraña, se giró y reprendió a la chica con la mirada.

—Catorce —gruñó por fin. Se le estaba cerrando la garganta. Notaba una tensión en el estómago. «Maldita zorra», exclamó para sus adentros. Era absurdo separar a la pareja.

El subastador miró a la chica.

—He oído quince —anunció. El público se puso tenso.

—Dieciséis —graznó Jonathan.

—Diecisiete —contestó a toda prisa la chica, levantando la voz por encima del alboroto.

—Es una pareja, coño —gritó Jonathan, negando con la cabeza. Abrió la palma de la mano y desplegó los billetes. Diecisiete. No tenía más. Ni siquiera llevaba calderilla.

Volvió a girarse y miró a la chica. Se la veía tranquila, casi en paz, pero su determinación era inequívoca.

—He oído diecisiete —dijo el subastador, clavando en Jonathan una mirada intimidatoria.

—Dieciocho —gritó él con la voz rota.

Pareció hacerse el silencio en la sala. Se apagó el golpeteo de la lluvia. Jonathan se sintió siniestro, manipulador. No tenía el dinero. El aliento le llegaba entrecortadamente.

—Diecinueve —contestó la chica.

—Veinte —replicó él.

La chica dudó y a Jonathan se le hizo un nudo en la garganta. Volvió a mirarla. Sus ojos se encontraron. La intensidad de ella parecía inquebrantable.

—Veintiuno —dijo la chica en tono cortante.

«Está claro —decidió él, agradeciendo el momento de prórroga—. Es una cabrona de armas tomar.»

—He oído veintiuno a la una. —El subastador hizo una pausa para mirarlo.

Jonathan sintió que le subía la sangre a la cabeza. «Parece que soy un cobarde», se dijo, regodeándose en su humillación.

—A las dos... —El subastador se encogió de hombros. Y bajó el martillo—. Vendido.

Jonathan se quedó el resto de la subasta en su butaca, sumido en el abatimiento. «Debería haber pedido un préstamo, joder —pensó—. ¿Qué sen-

tido tiene?» Al acabarse la subasta ya se había calmado y, cuando fue a recoger su figura de Staffordshire, se enfrentó con la chica.

—Es una pareja —dijo enfurruñado. Había estado echando vistazos codiciosos a la figura de Molineaux, y ella se la acercó más al cuerpo—. Van juntas.

—Pues no es así como las han vendido —contestó la chica, con sus ojos verdes y muy separados centelleando.

—Ese tipo no sabía lo que hacía —dijo él cuando salieron juntos del salón y se apiñaron en el vestíbulo lleno de gente, mientras los presentes abrían sus paraguas y se preparaban para salir bajo la lluvia—. Solo me quedaban diecisiete pavos. Me he pasado de mi tope deliberadamente. —Nada más decirlo, se sintió bobo y cargado de rencor—. Me he dejado llevar —se apresuró a añadir, confiando en atenuar la mezquindad del comentario.

—Yo también —admitió ella.

—Eres testaruda.

—Mi padre dice que soy «tenaz». —Sonrió, enseñando una dentadura blanca y uniforme. La sonrisa ablandó a Jonathan.

—¿Y si yo hubiera pujado hasta los cien dólares?

—Me daba miedo que lo hicieras.

—¿Me habrías seguido? —El antagonismo de Jonathan se disipó.

—No quiero ni pensarlo —dijo ella sonriendo.

Él le devolvió la sonrisa y la acompañó hasta la puerta.

—¿Por qué quieres la figura? —le preguntó.

Ella vaciló, cohibida. Jonathan sintió el típico intercambio de pullas del coqueteo.

—Quiero regalársela a una de las chicas del Chatham Arms. Estoy allí este verano como ayudante de repostería. Su hermano es miembro de Golden Gloves. Ella es una de las limpiadoras de habitaciones... Y le toca aguantar mucho. Me ha parecido que sería un regalo bonito..., mejor que una propina.

Jonathan se conmovió.

—Es una lástima romper la pareja. Aunque sea por una buena causa —comentó, y se sintió inmediatamente culpable.

La chica abrió el paraguas y salió a la calle. Jonathan se metió debajo, aunque el paraguas no cubría demasiado a ninguno de los dos.

—Espero que no te importe.

—Soy una buena ganadora —dijo ella.

—Yo soy un perdedor lamentable.

El Chatham Arms estaba al otro lado del pueblo, y enfilaron los dos juntos la calle principal. Ambos agarraban el paraguas para protegerse del viento, de tal manera que la mano de Jonathan cubría la de ella. La lluvia los azotó horizontalmente hasta que se cobijaron en el portal de una juguetería cerrada. Para entonces ya habían intercambiado cierta información: ella era Barbara Knowles; estu-

diaba en la Universidad de Boston, y le habría gustado pasar el verano haciendo de voluntaria para ayudar a Kennedy a derrotar a Nixon, pero necesitaba dinero.

—En fin, me gusta la repostería. Es divertida. Y pagan bien —siguió diciendo.

—Siempre y cuando no te lo gastes todo. —Jonathan señaló el Molineaux, ahora envuelto en papeles de periódico empapados.

—Lo mismo digo. —Ella se rio.

Él se fijó en que en realidad tenía los ojos color avellana, y que bajo la luz de media tarde le cambiaban del verde al castaño.

—Supongo que me gustan las cosas antiguas. Algún día valdrán algo más que simple dinero. Como estas figuras.

—No te las puedes comer.

—Por desgracia, no. Más vale evitar las subastas —siguió diciendo él—. Estudiar Derecho en Harvard es carísimo. Empiezo el posgrado en otoño. La matrícula me la pagan mis padres, pero los gastos me los pago yo.

Estaban los dos pegados entre sí en la entrada minúscula de la tienda. Cuando ella habló, Jonathan sintió su aliento cálido en la mejilla. Había una corriente entre ambos, algo maravilloso y misterioso.

—No la regales —dijo él, consciente de su tono suplicante. A fin de cuentas, la figura simbolizaba que se hubieran conocido—. Espérate.

—Es mía —contestó ella con falso sarcasmo, levantándola en vilo como si fuera un garrote.

—Ninguna de las dos puede hacer mucho sin la otra —dijo Jonathan—. Es una pareja.

—Te he ganado limpiamente —repuso ella.

—Bueno, la batalla todavía no ha terminado —susurró Jonathan. Y se preguntó si ella habría oído su voz por encima del golpeteo de la lluvia.

—Todavía no —admitió Barbara sonriendo. Sí que lo había oído.